

William CORBY: *Memorias de guerra de un capellán*,
 Madrid, El Buey Mudo, 2018, 412 pp.,
 ISBN: 978-84-17703-00-4.

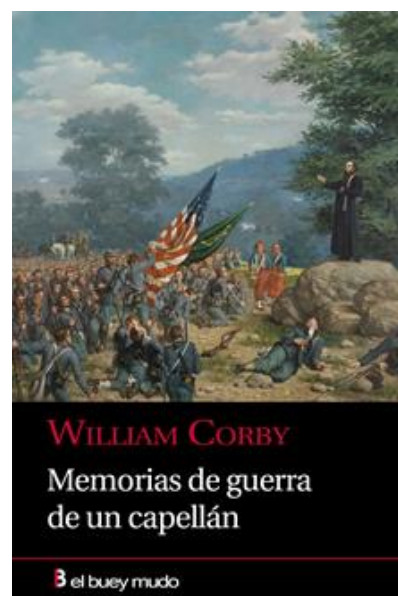
Alberto Cañas de Pablos
Universidad Complutense de Madrid

Tres años de campaña con los hijos de Erin: un capellán de la Brigada Irlandesa en la Guerra de Secesión de Estados Unidos

La guerra es un fenómeno avasallador, de unas dimensiones inabarcables, capaz de atravesar vorazmente la existencia de todos aquellos a quienes llegan sus consecuencias. Por ese motivo, hay casi tantas vivencias de la guerra como personas se han visto afectadas por ella. Es decir, resulta imposible la existencia de una experiencia bélica “total”, unívoca y unidireccional, que reúna la esencia de lo que es “vivir” una guerra.

Claro está que no es necesario estar en primera línea del frente o patrullar sobre el terreno en las calles de Sarajevo o Faluya para poder afirmar que “se ha estado en una guerra”, ya que la población civil también ha vivido un amplio bagaje de conflictos bélicos, ya sea a través de los bombardeos aéreos de la Segunda Guerra Mundial o bien a raíz de las conscripciones masivas durante las Guerras Napoleónicas. Incluso dentro de los civiles habría diferencias: no es lo mismo ser un intelectual español exiliado por la Guerra Civil que la anciana que estuvo en Madrid hasta el final de la contienda. Como casi cada fenómeno humano, la guerra puede representarse con infinitas miradas.

Estos contrastes llegan también a los miembros de la institución castrense o a quienes trabajan directamente para la misma, dado que cuestiones como la posición dentro de la jerarquía, el escenario de guerra recibido en suerte o la sección en la que se estén desarrollando las funciones encomendadas influyen en el modo en el que se atraviesa el conflicto. Incluso también en cuanto a mortalidad, vista la elevadísima tasa de pérdida de vidas entre quienes estaban destinados en los *Unterseeboote* o submarinos alemanes, por ejemplo. No es igual una enfermera en Gettysburg que un religioso en



plena de Guerra de Secesión. Este último es el caso del reverendo William Corby, capellán del Ochenta y ocho Regimiento de Nueva York, una de las unidades pertenecientes a la llamada Brigada Irlandesa, y autor de estas *Memorias de guerra de un capellán*.

La editorial El Buey Mudo ha traducido por primera vez al castellano esta obra que retrotrae a una guerra civil de grandísimo calado. Como dice Leonardo Sciascia en *Los tíos de Sicilia*, una guerra civil es “menos estúpida” y más “lógica” que una guerra entre estados, ya que quienes intervienen en ella disparan “por las personas y las cosas que aman, y por las que quieren, contra las personas que odian; y nadie se equivoca al elegir de qué parte está”. Estas palabras son aplicables al conflicto que fracturó en dos a Estados Unidos hace más de siglo y medio (y que no se ha terminado de cerrar, a la vista de ciertas políticas de memoria desarrolladas en los últimos años en los Estados sureños), donde quienes participaron en ella lo hicieron con conocimiento de causa, por la clase de sociedad en la que creían.

Esta edición de la obra de Corby acerca a los lectores hispanoparlantes nuevas nociones sobre esa conflagración, mucho más desconocida que otras, lo que hace a estas memorias aún más relevantes, dada la importancia de esta guerra en la historia estadounidense y mundial. Para hacerse una idea de la dimensión del conflicto, valga un ejemplo: la Batalla de Antietam (descrita en las páginas 135-141), ocurrida el 17 de septiembre de 1862 y también conocida como Batalla de Sharpsburg por los confederados, sigue siendo, aún hoy en día, el choque de fuerzas con más bajas en un solo día de la historia estadounidense, unas 23.000 en total.

El libro es fruto de las abundantes anotaciones tomadas sobre el terreno por el reverendo Corby durante un período de tres años, y reunidas y publicadas con motivo del vigésimo quinto aniversario de la Batalla de Gettysburg, cuyos actos de conmemoración aparecen recogidos en la obra a continuación de la descripción de lo acontecido en la misma (pp. 219-223) y en los cuales participó el propio autor. Éste deja clara su postura sobre su propia narración, desde la máxima humildad: «Puede parecer muy egoísta por mi parte escribir sobre esta pequeña experiencia personal, sobre todo porque, a fin de cuentas, yo estaba muchísimo mejor que miles de pobres soldados que ni tuvieron ni pudieron tener los cuidados de los que yo disfruté. Si escribo sobre esto, como expliqué al principio de mi narración, es por proporcionar algunas páginas no escritas de la historia”. La historia suele concentrarse en las excitantes escenas del campo de batalla, que sólo constituyen una pequeña porción de los horrores de la guerra, en mi humilde opinión. Hay que mostrar las dos caras de la moneda» (p. 105), puesto que no se «debe ocultar la realidad ordinaria [de la guerra], que hay que aflorar al precio de cierto lirismo» (p. 57), como cuando narra el reconocimiento del campo de batalla tras el desarrollo de ésta (p. 81). En otro punto de su obra reincide en la misma idea: «Lo que relato forma parte de la experiencia personal; pero espero al narrarlo,

ofrecer a mis lectores –si es que tengo alguno– un esbozo de la vida bélica no enteramente compuesta de “la sangre y el fragor” del campo de batalla. También servirá esto para representar lo que cientos de miles padecieron durante la guerra» (p. 265). Es decir, partía de las vivencias personales para proyectarlas de ese modo al conjunto de los soldados, al que se daba voz de ese modo, como los varios ejemplos de ejecuciones que aparecen (pp. 149-153 o 249-256, entre otras) o los numerosísimos momentos en que describe la trastienda del conflicto, los intervalos temporales entre una batalla y la siguiente, con sus traslados, los fogonazos de calma y los momentos de camaradería (pp. 117-121). Ese punto de vista individual también es de utilidad para ver la aleatoriedad que domina la guerra, desde aquellos que caían víctimas de la malaria (pp. 101-102) hasta los soldados que perdían la vida de forma casual muy cerca del propio Corby por ataques repentinos del enemigo (pp. 191-192, entre otras muchas).

El libro no es un simple intento de superar, a través de una nueva visión en torno al hombre en primera línea de combate, la clásica homogeneización que había tratado la guerra como una superestructura colosal, entendida como una mera sucesión de batallas y estrategias, sino que se alza como una apuesta por sumar las experiencias individuales entendidas como teselas de un mosaico en torno al conflicto.

De esta forma, Corby defiende el enfoque individual a la hora de aproximarse a la Guerra de Secesión, en un formato que por momentos se acerca a una larga epístola formada por lo que él llama «historias de guerra» (p. 25), dirigida a él mismo. Evidentemente, se trata de una “misiva” subjetiva, pues son unas memorias, pero esa carta está continuamente plagada de reflexiones que van más allá de los meros acontecimientos, como al afirmar que «cuando los hombres comparten intensos peligros, brotan emociones fraternales entre ellos que generan un sentimiento caritativo, cristiano, que a menudo conduce a los más excelentes resultados» (p. 218), todo ello a raíz del interés mostrado por un soldado no católico por la religión mayoritaria en la Brigada Irlandesa en base al desempeño de ésta en el campo de batalla. La camaradería y el compañerismo son una constante en el libro de Corby, tanto cuando cuenta sus propias vivencias como al hablar de otros soldados.

Otra virtud de la obra es la enorme cantidad de datos que aporta sobre la trayectoria colectiva de los “Hijos de Erin” en el conflicto, y no sólo en la gran (grandísima) abundancia de notas aclarando informaciones precisas sobre los lugares o los protagonistas del conflicto. Como el propio Corby explica (p. 159), Erin es el término gaélico para referirse a la isla de Irlanda, y se permitían celebrar el Día de San Patricio por todo lo alto (pp. 166-171). El autor mantiene en toda la obra un tono que podría calificarse de “corporativo” en torno a la Brigada Irlandesa, como grupo diferenciado, en parte por el evidente *cleavage* religioso que existía, pero en todo caso inserto en el ejército de los unionistas. Era una condición sabida; el grupo de los irlandeses era visto

como un sujeto dotado de personalidad propia dentro de las filas norteañas, entre las que destacaba lo aguerrido de sus miembros (p. 44).

Por otro lado, la edición de la obra se ve acompañada de tres amplios e interesantes anexos (pp. 347-412). Se trata de la “Narración del Reverendo Constantine L. Egan”, “La Brigada Irlandesa en la Guerra por la Unión, por el mayor general Mulholland” y el famoso *Discurso de Gettysburg*, de Abraham Lincoln. Como su propio nombre indica, los dos primeros textos complementan el contenido de las memorias de Corby a través de testimonios paralelos al suyo. De hecho, en la publicación original ambos eran capítulos que formaban parte del libro, pero acertadamente se ha optado por separarlos del cuerpo principal, ya que en ocasiones tratan sucesos ya narrados por Corby, evitándose así la reiteración. Por su parte, añadir las palabras del presidente sí constituye una novedad absoluta en la edición de la obra, dado que aparecen por decisión del traductor de la misma. Eso sí, aunque bien elegidas y aunque sean un cierre más que adecuado para el libro, hubiera sido mejor haberlas incluido antes del cuerpo de la obra, para que sirvieran de contexto y guía para el lector.

En todo caso, esta cuidada edición de las memorias de un capellán en plena conflagración representa una buena oportunidad en castellano para conocer de primera mano el conflicto entre los Estados del Norte y del Sur a través de una obra tan inédita como entretenida. A pesar de los horrores de las batallas, es enriquecedor recorrer junto al padre Corby ciudades, bahías y explanadas, tan desconocidas para muchos (Yorktown, Cheseapeake, el río Chickahominy... un mapa orientativo no hubiera estado de más), siguiendo a las tropas en el devenir de la guerra. Por suerte, está basada en un punto de vista personal y especial al mismo tiempo, por lo que constituye un modo más que adecuado de aproximarse a un momento de división y auténtica refundación de los Estados Unidos contemporáneos.